

de aquellos Indios, haciendo amable con las obras la Religion, para que á vista de ellas conociesen la disonancia y abominacion de sus costumbres, y por éstas la deformidad y torpeza de sus dioses.

CAPITULO IV.

*DESPACHA HERNAN CORTÉS
los Embajadores de Motezuma. Reconoce Diego de Ordaz el volcan de Popocatepec, y se resuelve la jornada por Cholúla.*

Respuesta
de Cortés
á los Embajadores de
Motezuma.

PAsados tres ó quatro dias que se gastaron en estas primeras funciones de Tlascála, volvió el ánimo Cortés al despacho de los Embajadores Mexicanos. Detuvolos para que viesen totalmente rendidos á los que tenían por indómitos: y la respuesta que les dió fue breve y artificiosa: „Que dixesen á Motezuma lo que llevaban entendido, y había pasado en su presencia: las instancias y demostraciones con que solicitaron y merecieron la paz los de Tlascála: el afecto y buena correspondencia con que la mantenian: que ya estaban á su disposicion, y era tan dueño de sus voluntades, que esperaba reducirlos á la obediencia de su Príncipe, siendo ésta una de las conveniencias que resultarian de su embajada, entre otras de mayor importancia, que

Ofrece poner á los
Tlascaltécas
en su obediencia.

„le obligaban á continuar el viage, y á solicitar entonces su benignidad, para merecer despues su agraciamento.” Con cuyo despacho, y la escolta que pareció necesaria, partieron luego los Embajadores mas enterados de la verdad, que satisfechos de la respuesta. Y Hernan Cortés se halló empeñado en detenerse algunos dias en Tlascála, porque iban llegando á dar la obediencia los pueblos principales de la república, y las naciones de su confederacion, cuyo acto se revalidaba con instrumento público, y se autorizaba con el nombre del Rey Don Carlos, conocido ya y venerado entre aquellos Indios con un género de verdad en la sujecion, que se dexaba colegir del respeto que tenían á sus vasallos.

Vuelve á insistir en su jornada.

Llegan nuevos Caciques á dar la obediencia.

Sucedió por este tiempo un accidente que hizo novedad á los Españoles, y puso en confusion á los Indios. Descubrese desde lo alto del sitio, donde estaba entonces la ciudad de Tlascála, el volcan de Popocatepec en la cumbre de una sierra, que á distancia de ocho leguas se descuella considerablemente sobre los otros montes. Empezó en aquella sazón á turbar el día con grandes y espantosas avenidas de humo tan rápido y violento, que subia derecho largo espacio del ayre, sin ceder á los ímpetus del viento, hasta que perdiendo la fuerza en lo alto, se dexaba esparcir y dilatar á todas partes, y formaba una nube mas ó menos obscura, segun la porcion de ceniza que

Volcan de Popocatepec.

Rompe con grande ímpetu.

llevaba consigo. Salían de quando en quando mezcladas con el humo algunas llamaradas ó globos de fuego, que, al parecer, se dividían en centellas; y serían las piedras encendidas que arrojaba el volcán, ó algunos pedazos de materia combustible, que duraban según su alimento.

Espanto de los Indios.

No se espantaban los Indios de ver el humo, por ser frecuente y casi ordinario en este volcán; pero el fuego, que se manifestaba pocas veces, los entristecía y atemorizaba como presagio de venideros males: porque tenían aprehendido que las centellas, quando se derramaban por el ayre, y no volvían á caer en el volcán, eran las almas de los tiranos que salían á castigar la tierra: y que sus dioses, quando estaban indignados, se valían de ellos como instrumentos adecuados á la calamidad de los pueblos.

Conocían la inmortalidad de las almas.

En este delirio de su imaginación estaban discutiendo con Hernán Cortés Magiscatzín, y algunos de aquellos magnates que ordinariamente le asistían: y él reparando en aquel rudo conocimiento que mostraban de la inmortalidad, premio y castigo de las almas, procuraba darles á entender los errores con que tenían desfigurada esta verdad, quando entró Diego de Ordaz á pedirle licencia para reconocer desde más cerca el volcán, ofreciendo subir á lo alto de la sierra, y observar todo el secreto de aquella novedad. Espantáronse los Indios de oír semejante pro-

Propone Diego de Ordaz reconocer el volcán.

posición; y procurando informarle del peligro, y desviarle del intento, decían: „Que los más valientes „de su tierra solo se atrevían á visitar alguna vez „unas ermitas de sus dioses que estaban á la mitad „de la eminencia; pero que de allí adelante no se „hallaría huella de humano pie, ni eran sufribles los „temblores y bramidos con que se defendía la montaña.” Diego de Ordaz se encendió más en su deseo con la misma dificultad que le ponderaban: y Hernán Cortés, aunque lo tuvo por temeridad, le dió licencia para intentarlo, porque viesén aquellos Indios que no estaban negados sus imposibles al valor de los Españoles: zeloso á todas horas de su reputación y la de su gente.

Maravillan- se los Indios.

Acompañaron á Diego de Ordaz en esta facción dos soldados de su compañía y algunos Indios principales, que ofrecieron llegar con él hasta las ermitas, lastimándose mucho de que iban á ser testigos de su muerte. Es el monte muy delicioso en su principio: hermoseanle por todas partes frondosas arboledas, que subiendo largo trecho con la cuesta, suavizan el camino con su amenidad, y al parecer, con engañoso divertimento llevan al peligro por el deleyte. Vase después esterilizando la tierra, parte con la nieve que dura todo el año en los parages que desampara el sol ó perdona el fuego, y parte con la ceniza que blanquea también desde lejos con la oposi-

Va Ordaz con licencia de Cortés.

Descripción del volcán.

Horrores de la subida. cion del humo. Quedaronse los Indios en la estancia de las ermitas, y partió Diego de Ordaz con sus dos soldados, trepando animosamente por los riscos, y poniendo muchas veces los pies donde estuvieron las manos: pero quando llegaron á poca distancia de la cumbre, sintieron que se movía la tierra con violentos y repetidos baybenes, y percibieron los bramidos horribles del volcan, que á breve rato disparó con mayor estruendo gran cantidad de fuego envuelto en humo y ceniza: y aunque subió derecho sin calentar lo transversal del ayre, se dilató despues en lo alto, y volvió sobre los tres una lluvia de ceniza tan espesa y tan encendida, que necesitaron de buscar su defensa en el cóncavo de una peña, donde faltó el aliento á los Españoles, y quisieron volverse; pero Diego de Ordaz viendo que cesaba el terremoto, que se mitigaba el estruendo, y salía menos denso el humo, los animó con adelantarse, y llegó intrepidamente á la boca del volcan, en cuyo fondo observó una gran masa de fuego, que al parecer, hervia como materia líquida y resplandeciente; y reparó en el tamaño de la boca que ocupaba casi toda la cumbre, y tendria como un quarto de legua su circunferencia. Volvieron con esta noticia, y recibieron enhorabuenas de su hazaña, con grande asombro de los Indios, que redundó en mayor estimacion de los Españoles. Esta bizzarria de Diego de Ordaz no pasó entonces de una

Peligra su vida.

Reconoce la boca del volcan.

Asombro de los Tlascaltécas.

curiosidad temeraria; pero el tiempo la hizo de consecuencia, y todo servía en esta obra: pues hallandose despues el ejército con falta de pólvora para la segunda entrada que se hizo por fuerza de armas en México, se acordó Cortés de los hervores de fuego líquido que se vieron en este volcan, y halló en él toda la cantidad que hubo menester de finísimo azufre para fabricar esta municion: con que se hizo recomendable y necesario el arrojamiento de Diego de Ordaz, y fue su noticia de tanto provecho en la conquista, que se la premió despues el Emperador con algunas mercedes, y ennobleció la misma faccion dandole por armas el volcan.

Importó despues este descubrimiento

para suplir la falta de pólvora.

Premia el Emperador á Diego de Ordaz.

Veinte dias se detuvieron los Españoles en Tlascála, parte por las visitas que ocurrieron de las naciones vecinas, y parte por el consuelo de los mismos naturales, tan bien hallados ya con los Españoles, que procuraban dilatar el plazo de su ausencia con varios festejos y regocijos publicos, bayles á su modo, y ejercicios de sus agilidades. Señalado el día para la jornada, se movió disputa sobre la eleccion del camino: inclinabase Cortés á ir por Cholúla, ciudad, como diximos, de gran poblacion, en cuyo distrito solian alojarse las tropas veteranas de Motezuma.

Trata Cortés de su jornada.

Contradecian esta resolucion los Tlascaltécas, aconsejando que se guiáse la marcha por Guajozingo, país abundante y seguro: porque los de Cholúla, sobre

Várias opiniones sobre la eleccion del camino.

ser naturalmente sagaces y traidores, obedecian con miedo servil á Motezuma, siendo los vasallos de su mayor confianza y satisfaccion; á que añadian: „ Que „ aquella ciudad estaba reputada en todos sus contor- „ nos por tierra sagrada y religiosa, por tener den- „ tro de sus muros mas de quatrocientos templos con „ unos dioses tan mal acondicionados, que asombra- „ ban el mundo con sus prodigios: por cuya razon „ no era seguro penetrar sus términos, sin tener pri- „ mero algunas señales de su beneplácito.” Los Zem- „ poales, menos supersticiosos ya con el trato de los Españoles, despreciaban estos prodigios; pero seguian la misma opinion, acordando y repitiendo los motivos que dieron en Zocothlán para desviar el exérci- to de aquella ciudad.

En Cholúla
quatrocientos
templos.

Nuevos
Embajado-
res de Mo-
tezuma.

Allánase á
dexarse vi-
sitar.

Proponen
el camino
de Cholú-
la.

Pero antes que se tomáse acuerdo en este punto, llegaron nuevos Embajadores de Motezuma con otro presente, y noticia de que ya estaba su Emperador reducido á dexarse visitar de los Españoles, dignándose de recibir gratamente la embajada que le trahian: y entre otras cosas que discurrieron concernientes al viage, dieron á entender que dexaban prevenido el alojamiento en Cholúla; con que se hizo necesario el empeño de ir por aquella ciudad; no porque se fiáse mucho de esta inopinada y repentina mudanza de Motezuma, ni dexáse de parecer intempestiva y sospechosa tanta facilidad sobre tanta resistencia pe-

ro Hernan Cortés ponía gran cuidado en que no le viesen aquellos Mexicanos rezeloso, de cuyo temor se componia su mayor seguridad. Los Tlascaltécas del gobierno, quando supieron la proposicion de Motezuma, dieron por hecho el trato doble de Cholúla, y volvieron á su instancia, temiendo con buena voluntad el peligro de sus amigos: y Magiscatzín, que tenia mayor afecto á los Españoles, y amaba particularmente á Cortés con inclinacion apasionada, le apretó mucho en que no fuesé por aquella ciudad; pero él, que deseaba darle satisfaccion de lo que agradecia su cuidado, y estimaba su consejo, convocó luego á sus Capitanes, y en su presencia se propuso la duda, y se pesaron las razones que por una y otra parte ocurrían: cuya resolucion fue: „ Que ya no era „ posible dexar de admitir el alojamiento que propo- „ nian los Mexicanos, sin que pareciese rezelo anti- „ cipado; ni quando fuese cierta la sospecha, conve- „ nia pasar á mayor empeño, dexando la traycion á „ las espaldas; antes se debia ir á Cholúla para descu- „ brir el ánimo de Motezuma, y dar nueva reputa- „ cion al exército con el castigo de sus asechanzas.” Reduxose Magiscatzín al mismo dictamen, venerando con docilidad el superior juicio de los Españoles. Pero sin apartarse del rezelo que le obligó á sentir lo contrario, pidió licencia para juntar las tropas de su república, y asistir á la defensa de sus amigos en

Resisten los
Tlascaltécas
el paso de
Cholúla.

Consulta
Cortés este
punto.

Motivos
que obliga-
ron á ir por
Cholúla.

Ofrece nue-
vas tropas
la repúbli-
ca.